

SIN TÍTULO

Apenas puso un pie en tierra, lo supo. Ni las altas torres, ni las sinuosas serpientes de asfalto de Londres podrían hacer nada. Sí, había cafés, perfumerías, enormes letreros de luz y pantallas de televisión que hacían posible lo inimaginable; pero el paraíso del hombre no quedaba cerca de ninguna parada de autobús, ni de los viejos museos, ni mucho menos de las colas en las tiendas. Así que John Clayton III, su padre, estaba en lo cierto. El viejo Tarzán nunca se equivocaba. Compró un billete de vuelta a casa y esperó sentado en el hall de la terminal de salida.

Pablo Buentes Rodríguez